



En Saigón  
unos se han enriquecido  
con el tráfico ilegal,  
otros han descendido hasta la  
más cruda miseria.  
Pero todos tienen  
que seguir viviendo. Los  
negocios suelen  
estar en manos de mujeres,  
que se prestan mejor  
al trato con los  
extranjeros y tienen menos  
que temer.

# MERCADO NEGRO EN SAIGON

**L**AS guerras tienen muchos rostros. Y cuando las guerras se prolongan, estos rostros se surcan de arrugas, se deforman y todos ellos componen la verdadera faz de la guerra: la carátula horrible de la muerte, las privaciones y los sufrimientos. La «bella guerra» se transforma en un lodazal sanguinolento y hediondo.

«Tanto literal como figuradamente, Saigón se ha convertido en un burdel americano», afirmó hace poco el senador Fullbright. Realmente, el contraste que ofrece esta populosa ciudad, reducto cosmopolita en medio del rugiente océano de la guerra campesina, es extraordinario, y, al mismo tiempo, absurdo. Todo en ella se ha trastornado y se ha hecho diferente. Todos sus habitantes han cambiado y ninguno es como era. Unos se han enriquecido con el tráfico ilegal, otros han descendido hasta la más desnuda miseria. Pero todos tienen que seguir viviendo. Y se vive, no como se quiere, sino como se puede. Trabajando como criado, como moza de «boite» o de «cabaret», como contrabandista o como funcionario junto a los extranjeros. Se vende todo, se compra todo y no existen límites para nada porque la guerra no conoce leyes. Y todo gira alrededor de lo mismo: los soldados que van y vienen a la oscuridad de la jungla o al fango de los arrozales para combatir, entre la angustia constante de no saber por dónde llegará el ataque de los silenciosos «viets», y que a su regreso a la retaguardia necesitan relajarse, distraerse y olvidar los peligros. Cada semana llegan a Saigón en los helicópteros. La vida empieza entonces. Y se pierden entre los «night-clubs», los bares, las casuchas malolientes y sucias donde se practica la profesión más antigua, y también la más triste, del mundo. Los soldados compran lo que sea y se les ofrece —con la desesperada **SIGUE**



En la antigua rue Catinat, esquina al bulevar Pasteur, todo se compra y se vende. Los camiones cargados con los productos llegados en los barcos se pierden y acabarán surtiendo el gran «mercado de los ladrones».



resignación de un fatalismo— lo que buscan, Whisky, mujeres, transistores, ropa, cigarrillos, drogas, pequeñas chucherías, caprichos, etc. Todo esto, este alocado mercado, esta extraña situación, choca con la idiosincrasia del hombre oriental, educado en ancestrales principios de pureza budista o confuciana y ello produce a veces rupturas anímicas que llegan hasta el suicidio. Siempre hay quien no comprende las cosas. Quien no entiende que su hija haya caído en un «centro de esparcimiento» de la calle Catinat, donde todavía se conserva, un tanto mistificado por los letrados en inglés, el viejo sabor de la presencia francesa. O de la avenida Trinh Minh Thae, donde los soldados de color —en el Saigón nocturno de la licencia también se aplica la discriminación racial— crean una atmósfera más cálida. El mundo del mercado negro, de las «taxi-girls», de los traficantes, se enseña de todo, a veces dirigido o regentado por robustas «madames» de Marsella o de Tolón que no quisieron marcharse. A lo largo de las angostas callejuelas de la miseria que no se resigna abren sus puertas los «cabarets»; por lo menos, uno por cada tres inmuebles. La clientela se renueva casi constantemente. «Marines» y australianos, filipinos y neozelandeses, coreanos e indígenas entran y salen. Corre el dinero, el ansiado dólar, y corre el alcohol, adquirido bajo capa. El negocio está siempre en manos de mujeres, porque las mujeres se prestan mejor que los hombres al trato con los extranjeros y porque tienen que temer menos.

La presencia de los norteamericanos es un factor determinante en este estado de cosas. Y en este sentido tiene razón Mac Namara cuando asegura con satisfacción que su departamento está proporcionando 9,2 libras de mercancías diariamente por cada G.I. para su venta en el Px.

Un informe llegado al Congreso, se refiere al envío al Vietnam de treinta mil botes de laca para el pelo en marzo de 1966, que, como los «marines» no la usan, parece razonable suponer que fueron a parar al mercado negro, cuyo centro principal se encuentra entre el bulevar Pasteur y la calle Catinat. Otro dato más sobre esta misma perspectiva: de cada diez camiones que cargan en el puerto productos recién llegados de los Estados Unidos, sólo llegan intactos a su destino siete, y esto en el breve trayecto de cinco kilómetros. El cargamento se desvía por inciertos caminos hacia los tenderetes, establecimientos clandestinos o tugurios nocturnos en los que más tarde será vendido.

Ni las autoridades USA ni los sudvietnamitas de Cao Ky parecen capaces de cortar esta comercialización de todo, de las mercancías ilegales y de las personas.

(Fotos Reporters Associés)

## MERCADO NEGRO EN SAIGON



Una parte de la juventud está perdiendo el sentido del trabajo productivo y de la honradez ciudadana. El ambiente de vicio y corrupción impregna a todas las esferas sociales, y cientos de rapazueros se dedican a vender chucherías por las callejuelas de la populosa ciudad vietnamita. Es uno de los rostros de la guerra.

